

Violación y picana: testimonios de violencia sexual en la obra de Nora Strejilevich¹

Elizabeth Villalobos

University of Nevada, Reno

“El Estado opresor es un macho violador”

–Colectivo *Las Tesis*²

El cuerpo de las mujeres es un campo de batalla, una cartografía corporal donde se vierten las violencias físicas y simbólicas derivadas de las motivaciones de toda guerra que son, como indica Cristina Peri Rossi, “el ansia de poder y la ambición económica, algo típicamente masculino”.³ Algo masculino también han sido los discursos del Estado relacionados a la historia oficial sobre las guerras y sus protagonistas, dejando poco o nulo espacio para nombrar las experiencias desde la perspectiva de las mujeres. Los testimonios de sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE),⁴ operantes en el Cono Sur durante el terrorismo de Estado —o la mal llamada “Guerra Sucia”— develan la invisibilidad del complejo sistema de violencia sexual y las políticas de género para el sometimiento de las subjetividades femeninas. En este sentido, los textos de la escritora argentina, exdetenida-desaparecida, Dra. Nora Strejilevich forman parte del corpus de narrativas culturales con las que es posible historizar este tipo de violencia que el discurso oficial ha intentado suprimir tanto en la memoria sociocultural como en los juicios a represores, militares y políticos implicados en los procesos del Plan Cóndor. El recuento personal sobre el secuestro y desaparición de la autora en el CCDTyE denominado “El Club Atlético” donde permaneció cautiva en julio de 1977,⁵ es uno de los ecos que nos habla de las aberrantes prácticas de agresión sexual sistemática a la que fueron sometidas las mujeres en los centros de detención durante las dictaduras militares del Cono Sur entre 1970-1980.

Los mecanismos de la dominación masculina y sus efectos sobre la subjetividad femenina atraviesan transversalmente a cada uno de los libros de Strejilevich publicados entre 1997 y 2019: *Una sola muerte numerosa* (1997); *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90* (2006); *Un día allá, por el fin del mundo* (2019); y *El lugar del testigo: Escritura y memoria, Uruguay, Chile y Argentina* (2019). Estos textos forman un archipiélago con islas comunicantes bañadas

por la violencia de género naturalizada histórica y culturalmente en sociedades patriarcales tanto latinoamericanas como europeas. El presente artículo propone un análisis desde la perspectiva de género sobre las obras antemencionadas de Strejilevich referente al papel de la violencia sexual ejercida en los CCDTyE instalados en los más recientes regímenes de dictaduras militares en Argentina, Chile y Uruguay. Para tal propósito, se analizan los siguientes aspectos: a) la elaboración de una narrativa del yo testimonial como vehículo de una historia colectiva sobre la violencia de género, b) las aproximaciones al cuerpo femenino como territorio del enemigo y botín de guerra determinado por la ideología patriarcal, y c) la visibilización de la violencia sexual sistemática contra las mujeres en el marco del terrorismo de Estado.

Violencia de género desde el yo testimonial

La agresión sexual a la que fueron sometidas las mujeres en los CCDTyE en Argentina, Chile y Uruguay esboza una genealogía de la violencia de género expuesta en la construcción de las narrativas sobre las exdetenidas-desaparecidas que han dado fe de lo ocurrido durante su cautiverio. Las historias personales de estas mujeres articuladas a través de un discurso del “yo”, rebasan los límites físicos de la corporalidad y logran insertarse en las esferas históricas, sociales y culturales determinantes del género femenino. Desde los intersticios del “yo” testimonial se elabora un discurso colectivo sobre la violencia sexual experimentada por las mujeres atrapadas en los centros de desaparición que demuestra las formas en que el cuerpo femenino constituyó un campo de batalla en una guerra física y simbólica contra personas que los militares sospechaban que tenían participación en la resistencia o lo que el gobierno dictatorial denominó como los “subversivos”. La narrativa personal de las vejaciones y agresiones sexuales es también una narrativa colectiva de normas sociohistóricas y culturales ya que, como lo indica Judith Butler, “cuando el «yo» procura dar cuenta de sí mismo, puede comenzar consigo, pero comprobará que ese «sí mismo» ya está implicado en una temporalidad social que excede sus propias capacidades narrativas [...] el «yo» no tiene una historia propia que no sea también la historia de una relación —o conjunto de relaciones— con una serie de normas” (19). Precisamente, el primer libro de Strejilevich, *Una sola muerte numerosa*, se elabora desde el “yo” singular para dar fe de su relato personal y sus conexiones con la historia de la violencia sexual expresada en los testimonios de diversas exdetenidas. En este libro, la autora narra el proceso de desaparición forzada durante el terrorismo de Estado en Argentina y la manera en que esto arrasó con toda una sociedad cambiando permanentemente la vida de ella, sus familiares y amigos.⁶ Además de su valor testimonial, *Una sola muerte numerosa* es una narrativa de gran complejidad por lo que recibió el Premio Letras de Oro 1996 tanto por la relevancia de la compilación de historias de sobrevivientes como por su calidad como obra literaria.⁷ En este texto, la narración intimista de violencia de género modula sus ecos en las memorias que conforman la identidad de Nora Strejilevich. La experiencia de Nora—quien además de autora es también protagonista de la narrativa testimonial demuestra una gama de violencia de género naturalizada en las prácticas cotidianas de la sociedad y estas prácticas se vinculan directamente con la violación sexual sistemática de mujeres en los CCDTyE. La construcción de la subjetividad femenina a través del relato del yo se encuentra conectado con los sistemas de poder que Nora debe enfrentar

antes, durante y después de su paso por el sistema de desaparición forzada. La violencia contra las mujeres persiste en los recuerdos de Nora desde su infancia hasta la edad adulta, recorriendo su propia genealogía de la opresión en la que incurren tanto memorias sobre su Abuela Kaila —polaca judía quien fue obligada por sus padres a casarse y posteriormente emigrar a la Argentina siguiendo a su esposo—, así como las formas de marginación de la tía Berta, esquizofrénica confinada en una institución mental. Sin un orden cronológico, los recuerdos siguen la lógica de la memoria que asocia distintas instancias de violencia de género en un archivo de dominación masculina enlazada rizomáticamente entre las instituciones manipuladas por el poder del Estado, con particular atención a la estructura familiar, la escuela, los hospitales y los sistemas carcelarios o militares. El paralelismo en la represión de Nora en distintos contextos hace evidente los vínculos entre diversas entidades del sistema patriarcal que intentan controlar, moldear, aleccionar la subjetividad y cuerpo de las mujeres.

El lugar del testigo, es un libro de reflexión y riguroso análisis teórico-literario sobre las denominaciones de la escritura testimonial y la función de los exdetenidos-desaparecidos como testigos de los campos de concentración durante las más recientes dictaduras cívico-militares en Uruguay, Chile y Argentina. En este estudio Strejilevich entrelaza el discurso académico con la elaboración artística de una prosa alumbrada por el conocimiento sobre el horror obtenido a raíz de su propio cautiverio en el campo de detención. La perspectiva de género es fundamental para la lectura multidimensional que aporta a los diversos aspectos de la dominación masculina y su papel en el terrorismo de Estado. Strejilevich analiza la idiosincrasia machista tanto de los represores como de los presos, quienes desde su privilegiada posición varonil han contribuido a la estigmatización de las sobrevivientes de violencia sexual en los campos de detención. Específicamente, subraya la doble moral de la supremacía masculina del escritor chileno Hernán Valdés, quien estuvo recluso en el presidio denominado Tejas Verdes que funcionó como campo de concentración en Chile tras el golpe de Estado de 1973. Strejilevich cuestiona la perspectiva patriarcal de Valdés, quien condena a las mujeres detenidas que fueron sexualmente violadas durante el proceso de interrogación designado principalmente a los cuerpos femeninos. Strejilevich indica la manera en que Valdés “se une al coro y acusa a las mujeres de dejarse «ultrajar» en lugar de elegir el fusilamiento. ¿Acaso él mismo, en su interrogatorio, no llegó a «cantar» el nombre de su mujer, Eva, poniéndola en peligro? Si bien se atreve a mostrar cómo la tortura le hace tambalear el propio marco ético, le exige a la mujer más de lo que él mismo es capaz de dar: la propia vida” (*El lugar del testigo* 65). Esta lectura subraya la gran disparidad de las expectativas en los códigos de honor entre hombres y mujeres que vivieron el horror en el mismo centro de detención. Strejilevich destaca que en estos espacios donde la vida es atajada con dosis de violencia de alta intensidad y donde los esquemas de la moral y la justicia se desmoronan, la ideología de la dominación masculina permanece incrustada inclusive en los varones más ilustrados y comprometidos con la justicia social, lo que finalmente corrobora que “la miopía patriarcal sigue vigente en nuestras culturas hasta el presente” (*El lugar del testigo* 165). Dicha miopía posibilitó la coerción de las sobrevivientes de los CCDTyE, quienes experimentaron la marginalización multidimensional provocada por la opresión patriarcal reproducida por los hombres en todos los bandos del conflicto durante la dictadura. El análisis sobre *Tejas Verdes* también se encuentra en las páginas

de *El arte de no olvidar*, en ambos libros se destaca la doble moral de Valdés y el temor a las agresiones sexuales dirigidas a en su mayoría a mujeres, pero también a algunos hombres que no se ajustaban a los parámetros de conducta viril patriarcal. Strejilevich denota que la violencia sexual fue específicamente dirigida a la subjetividad de las mujeres y cuerpos feminizados en los campos de concentración, espacios que aún a la distancia temporal develan que “el poder se ejerce en la tortura y en el desprecio por la mujer y por el hombre que no es ‘macho’ [...] lo que llama la atención es la visión de género (o la falta de visión) que manifiesta el autor al interpretar lo poco que sabe sobre la situación de las mujeres” (*El arte de no olvidar* 52). La falta de comprensión de la situación real de las exdetenidas-desaparecidas se apoya en una tradición cultural que ha otorgado un doble estándar a las agresiones sexuales reafirmando la virilidad de los represores mientras que las víctimas se ven expuestas a la marginación social, inclusive por parte de su círculo más próximo de familiares y amistades, que le reprochan a la misma mujer violentada la pérdida del honor y la honra patriarcal que culturalmente reside en la integridad sexual de la corporalidad femenina. La misoginia en este tipo de ideología binaria en un contexto de guerra sociocultural contra las mujeres inclusive por sus mismos compañeros dentro y fuera de los campos de detención, constituye un enorme detrimento en la equidad de género en las prácticas sociales en contextos que Primo Levi en el estudio sobre su propio cautiverio en campos de concentración Nazis en Alemania denominó como “zonas grises” por tratarse de un complejo contexto donde algunos de los detenidos participaban en la represión de otros presos y la diferenciación entre víctimas y victimarios es más porosa (*Los hundidos y los salvados* 23). El maltrato y repudio hacia las mujeres violentadas sexualmente en los CCDTyE del Cono Sur se suma a procesos similares a las “zonas grises” también desarrolladas tanto en los campos como en la vida cotidiana de sus sociedades y ha mantenido la disparidad de garantías, derechos y campo de acción para las mujeres y cualquier otro tipo de identidades disidentes de género hasta nuestros días.

La miopía patriarcal se extiende hasta la perspectiva cultural y académica utilizada para criticar el testimonio de Alicia Partnoy por aparentemente evadirse de dar descripciones literales sobre la violación sexual de las mujeres y otros tipos de tortura física. Frente a dicha crítica, Strejilevich aboga por la diversidad estética en las narrativas testimoniales, indicando la importancia de agudizar la vista hacia las “dos formas de dar testimonio que pueden confluir sin confundirse: el de denuncia y el literario” (*El lugar del testigo* 254). A pesar de las diferencias estéticas de los testimonios de las sobrevivientes de los CCDTyE, en todos persiste el sentido crítico sobre el ultraje específicamente destinado a las mujeres en esos espacios del horror donde se fragmentó al “yo” testimonial convirtiéndolo en torrente de ecos que emiten el grito ancestral de la violencia contra la subjetividad femenina.

Cuerpo femenino como territorio del enemigo

Durante el terrorismo de Estado en el Cono Sur, las mujeres secuestradas se convirtieron en una cartografía corporal de la subversión y en el botín de guerra, el trofeo apropiado por las fuerzas represoras de los gobiernos dictatoriales. En *Are Women Human?: And Other International Dialogues* (2006), Catherine MacKinnon puntualiza las motivaciones de la violencia sexual como el deseo de “controlar, intimidar o eliminar” a los enemigos del Estado y, por lo tanto, se define como una acción “política” (18). El sometimiento sexual

sistemático de mujeres en los CCDTyE constituyó una política de desterritorialización, una práctica que para los represores también fue una manera de vencer “al enemigo mediante ruptura interna de su territorio” (Deleuze y Guattari 361). Los testimonios en los libros de Strejilevich muestran la ruptura interna del enemigo a través de las diversas modalidades de irrupción física y simbólica de las detenidas a lo largo del proceso de desaparición forzada—desde el momento del rapto, el periodo en cautiverio, hasta la liberación del CCDTyE. El relato de la autora sobre su propio secuestro denota la manera en que la violencia física y simbólica de los tres hombres que la raptaron fue desde el inicio un ataque contra la semiótica de su corporalidad, una corporalidad que por ser femenina es tratada como parte de un botín de guerra por los represores, “un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo. Soy el trofeo de hoy. Cabeza vacía, ojos de vidrio. Los cazadores de juguete me pisan *pisa pisuela color de ciruela*” (*Una sola muerte numerosa* 13). Los recuerdos de la protagonista describen el dominio patriarcal que facilitó el terrorismo de Estado donde no sólo las agresiones físicas se presentaban sobre su cuerpo atajado, arrastrado y pisoteado sino que también la violencia simbólica era practicada a través del lenguaje con el que se dirigían hacia ella los raptadores en el momento en que la secuestraban: ¡te querías escapar, puta! (*Una sola muerte numerosa* 14). En *Putas y Guerrilleras* (2014), la exdetenida-desaparecida periodista argentina Miriam Lewin explica que los represores consideraban que todas las secuestradas eran mujeres promiscuas y guerrilleras debido al imaginario social que el poder militar del Estado había construido acerca de las militantes de organizaciones políticas como la Juventud Peronista JP, juventud Universitaria Peronista JUP y Montoneros que cuestionaban la represión por parte del gobierno (78). A la militancia política se sumó la carga sociocultural del cuerpo sexuado de las mujeres, quienes eran doblemente trasgresoras. Victoria Álvarez observa que en “los centros clandestinos de detención las mujeres fueron castigadas y torturadas no sólo por su militancia social o política sino también por haber transgredido las fronteras aceptables de género y nación, según el discurso dictatorial” (2). Durante el Plan Cóndor se propagó la ideología patriarcal del aparato represor del Estado en Argentina que desacreditaba la moral y los principios de la mujer militante de izquierda. Las militantes eran vistas como malas madres, malas esposas, ateas, violentas y prostitutas. Similarmente, en Chile y Uruguay, la militancia de izquierda se convirtió en sinónimo de mujeres que no encajaban en el modelo tradicional femenino del patriarcado. Todas las detenidas, militantes o no militantes, eran clasificadas como miembros de la izquierda y, de esa manera, colocadas en el imaginario social del enemigo conformado por personas “subversivas” a quienes había que eliminar por el bien del país. Tal imaginario facilitó los procedimientos de la desaparición forzada, tolerada por diversos sectores de la sociedad argentina que pasivamente atestiguaron las instancias en que los grupos de tareas secuestraron a miles de personas —algunas veces en espacios públicos y a plena luz del día. Esto reafirmó la violencia de género como parte de la cotidianidad de los habitantes del territorio nacional. Los secuestros ocurrían en cualquier lugar, inclusive en zonas bastante transitadas como el centro de la capital de Argentina, según lo indicado en *Una sola muerte numerosa* sobre el espacio común de los raptos de Strejilevich y Diana, una joven inglesa de 26 años, quienes fueron detenidas en sus respectivas casas, ambas ubicadas en la avenida Corrientes, una de las principales vías de Buenos Aires. Nora indica la detención de Diana como una experiencia “igual a la que miles de personas tuvieron que

sufrir en los años de Videla-Massera-Martínez de Hoz. La tiraron al suelo, la golpearon, la interrogaron sobre supuestos” (80), algo similar a la captura de Nora, la cual acontece “sin que nadie parpadee. Lo de siempre” (14).

Los cuerpos de las mujeres fueron el campo de batalla donde se perfilaba la victoria del poder patriarcal del Estado, ya que su corporalidad representaba la ideología política, social y de género del enemigo, un cuerpo-territorio que debía ser sometido y ultrajado hasta sus últimas consecuencias para demostrar la victoria sobre la lucha contra la subversión. La violencia sexual era constante en todas sus modalidades y espacios del centro de detención tanto en la sala de torturas como en las celdas, baños y regaderas: “nos desnudamos al entrar a las duchas. Corremos engrillados, entre empujones, patadas y puntapiés. Los manoseos, en general, están reservados para las mujeres. Los guardias nos catalogan en cuanto empezamos a bajarnos los pantalones. El control de la mercadería no es un proceso individual ni arbitrario: consultan entre ellos antes de dar un veredicto. El culo de la tercera, las piernas de la que sigue y las tetas de la primera: cien puntos ¿quién da más?” (*Una sola muerte numerosa* 66). Las detenidas fueron consideradas como botín de guerra, el trofeo más contundente de la dominación masculina y forma irrefutable de humillación ya que el asalto sexual a las detenidas demostraba la imposibilidad del enemigo de defender a sus propias mujeres.⁸ El desamparo de las secuestradas bajo el poder de los represores aparece reiterativamente en relatos de distintas sobrevivientes que experimentaron el trauma emocional de la violencia sexual en los CCDTyE: “Me dijeron—Ché, no vas a querer que se entere tu marido. Yo pensaba: él va a tener que escuchar desde la otra pieza. Pero no, no escuchó nada. Me tiraron en la cama, yo amordazada. Quería gritar y ya no podía. Pensé: ojalá me muera. La única manera de salir de eso es la muerte, me decía. Ellos tienen todo el tiempo del mundo, y uno siente que la muerte es la única manera de dejar de sufrir eso que nunca termina de pasar” (*Una sola muerte numerosa* 23).

El cuerpo de las detenidas en los CCDTyE representaba la posibilidad de reproducción biológica pero también el riesgo futuro de continuación de la ideología política del enemigo, por eso, los militares justificaron tanto el aborto como el embarazo forzado y la apropiación de los bebés de las secuestradas. Estas estrategias particulares de sometimiento formaron parte de las diversas formas de violencia sexual dirigidas específicamente a la entidad femenina. Los hijos de las detenidas nacidos en cautiverio formaron parte del botín de guerra devenido del cuerpo de las mujeres. Esto funcionó como estrategia de ataque contra el enemigo a través de la dominación sobre las detenidas consideradas propiedad de los hombres subversivos y fue una manera de establecer la reproducción genética e ideológica de los valores patriarcales del Estado. Así, el control sobre el cuerpo de las detenidas ejercido a través de la violación sexual y la fecundación forzada de sus úteros junto con la expropiación de sus hijos por parte de los represores eran una forma de garantizar el triunfo de la ideología totalitaria del Estado. Este tipo de biopoder establecía la función de la mujer dentro del esquema patriarcal como procreadoras de futuros ciudadanos y soldados defensores de la moral nacional implantada por las juntas militares y apoyada por las élites religiosas y sociales más conservadoras del país. Esto también era una de las maneras de aleccionar a las detenidas que en la perspectiva de los militares no se ajustaban a los roles heteropatriarcales impuestos a las mujeres debido a su incursión en el espacio público y militancia política de izquierda. La lección de tal agresión

al género femenino se concretaba en la reducción de la subjetividad de las detenidas a meros cuerpos desechables que podían ser sometidos a todo tipo de violencia sexual por los represores y simpatizantes del poder del Estado. En última instancia, el embarazo forzado de las desaparecidas reflejaba la idiosincrasia fuera del campo de detención, en sociedades patriarcales que únicamente alcanzaban a visualizar a las presas “como lo que constituye por sí solo el cuerpo de la mujer, orientándolo por entero a las funciones de reproducción y perturbándolo sin cesar en virtud de esas mismas funciones” (Foucault 185). Patrones similares a esto último han sido utilizados con el propósito de controlar al género femenino en países europeos según lo indica Esperanza Bosch Fiol, quien ha estudiado la manera en que la maternidad y el embarazo forzado de las mujeres ha sido empleado en sociedades patriarcales y gobiernos totalitarios como Italia y España durante los regímenes fascistas de Benito Mussolini y Francisco Franco, respectivamente (Bosch Fiol 166-7).

Visibilización de la violencia sexual

Es importante destacar que la violencia de alta intensidad de los secuestros y la violencia sexual sistemática experimentada por las detenidas en los CCDTyE se posibilitaron en base a la naturalización de las diversas agresiones de género de baja intensidad practicadas por toda la sociedad. Luis Bonino identifica las conductas que perpetran y perpetúan violencias cotidianas de baja intensidad a las que denomina “micromachismos” o “mN” por tratarse del funcionamiento de la microfísica del poder patriarcal y que son “comportamientos sutiles o insidiosos, reiterativos y casi invisibles que los varones ejecutan permanentemente. Son de tipo ‘micro’ —tomando en cuenta un término de Foucault—, del orden de lo capilar, lo casi imperceptible, lo que está en los límites de la evidencia” (Bonino 1). Precisamente, entre los límites de la evidencia transcurren diariamente las agresiones sexuales que una gran parte de mujeres en el Cono Sur y en muchas otras partes del mundo —quienes sólo por ser mujeres son violentadas, algunas desde la infancia, en sus propias casas, en la escuela, en el transporte público, las plazas, los parques, todos espacios codificados desde la mirada patriarcal que observa sin ver que a Nora de pequeña le pasó lo que le ocurre a tantas niñas:

Todo pasó a plena luz del día. A la vuelta de la escuela entro al ascensor con un desconocido. Es gordo y me acorrala entre su barriga y el espejo. —¿Cuántos años tenés? —me susurra entre dientes mientras arrima su gordura blanda a mi cuerpo. Una mano ansiosa me roza, se apura por los pliegues del guardapolvo, me pellizca, me arrincona [...] un guante me tapa la boca [...] Pibas, jóvenes, mujeres caminan solas por la vereda. A la vuelta de la esquina algo les pasará [...] Esta obsesión no me abandona. Interminables días, meses. (*Una sola muerte numerosa* 23-4)

Las prácticas de la violencia de género se extendieron a los CCDTyE en donde los crímenes sexuales se produjeron sistemáticamente durante el terrorismo de Estado. Estos crímenes no se gestaron en un vacío, sino que se produjeron dentro de una estructura de relaciones de poder donde la dominación masculina cumplió una función clave en la permisibilidad de agresividad extrema contra las mujeres. El testimonio de Ana María Careaga, una

exdetenida-desaparecida en El Club Atlético, ejemplifica el intento de transformar a la subjetividad femenina en meros cuerpos dóciles a disposición de los represores de los CCDTyE. Careaga relata la historia de una joven que llevaron al mismo campo donde ella estuvo en cautiverio:

A esa chica, cuando la secuestraron, le preguntaron qué tortura prefería, la picana o que la violaran. Primero eligió la picana, pero luego pidió que la violaran. Al día siguiente, un guardia le preguntó:

—¿Qué te pasó anoche?

—Me violaron, señor.

—¡Pelotuda! (una cachetada), a vos aquí nadie te hizo nada! —¿Entendiste?

—Sí, señor.

—¿Qué te pasó anoche?

—Nada, señor. (*Una sola muerte numerosa* 23)

El entretrejimiento de este y otros testimonios similares en la obra de Strejilevich ayudan a historizar la violencia vertida sobre las mujeres por su condición de género y que el discurso oficial ha intentado ignorar, pero también colocan las narrativas sobre los crímenes de violencia sexual en el campo cultural, espacio que permite observar las dinámicas de poder tanto en los CCDTyE como sus consecuencias en el diario devenir social. *Un día allá, por el fin del mundo* es un libro de viajes que, entre otras cuestiones, sirve para delinear las cartografías de violencia de género que Nora recorrió en las décadas de su exilio. La narradora no cesa de atestiguar los estragos que tal violencia deja permanentemente en mujeres de todas las edades y regiones, incluyendo la historia de Selva, una joven de veinte años, hija de desaparecidos por el terrorismo de Estado argentino a quien Nora conoce en un viaje a Centroamérica. La joven relata la desaparición de sus cuatro padres los biológicos y la pareja militante en Montoneros que la adoptaron después de quedar huérfana. Las fuerzas militares desaparecen primero a su mamá cuando Selva tenía apenas un año de nacida y cuatro años más tarde se llevan a su papá delante de ella: “Me dejaron maniatada, dice, el avispero de milicos que rodeaba las casas y los techos [...] no les cree a estos señores que la tocan mientras le preguntan: ¿Qué hace tu papá? ¿Con quiénes se junta?” (*Un día allá* 172). El recorrido por Guatemala está plagado de lugares marcados por rastros del terrorismo de Estado donde miles de personas, la mayoría indígenas, fueron desaparecidas y asesinadas por las fuerzas militares del país. El paisaje se torna oscuro al notar que “[e]stas colinas estaban pobladas hace tiempo, explica un guía. Los mataron a todos, el ejército borró poblaciones enteras” (169). Gracias a los testimonios de Rigoberta Menchú y otras mujeres indígenas que testificaron en las audiencias del juicio en 2013 contra el general militar Efraín Ríos Montt, expresidente de Guatemala, ahora sabemos que los militares primero violaron brutalmente a mujeres y niñas antes de matarlos a todos.⁹ En otro pasaje de este mismo libro, Strejilevich se relata una velada en Sudáfrica donde, en compañía de unos conocidos y al calor de la guitarra, Nora describe cómo una instancia que pareciera ser agradable cambia de tonalidad cuando se escucha que “unos alaridos desorbitados despojan la calle de consuelo. ¿Estarán matando a alguien? Puede que un vecino esté violando a su mujer o a la mujer del vecino. Por acá nunca se sabe. Todos

los días la misma historia, dice otro. Nadie se inmuta” (*Un día allá* 139). Una vez más la narración indica el diario devenir de la violencia sexual contra las mujeres, una violencia constantemente naturalizada que pasa sin que nadie le preste demasiada atención.

Los cuestionamientos formulados por Strejilevich sobre la violencia de género en los CCDTyE y en la cotidianidad se adscriben a la lucha feminista lidiada por diversas entidades de activistas en la última década en Argentina, cuya intensa labor ha generado el cambio del paradigma social y legal sobre la violación sistemática de mujeres. Si bien, en los primeros juicios contra el terrorismo de Estado en Argentina algunas de las sobrevivientes mencionaron haber sido ultrajadas sexualmente, estos delitos fueron en su mayor parte ignorados en el ámbito social y jurídicamente no fueron considerados como crímenes de guerra. En los primeros juicios a los represores de los campos de detención, los crímenes de secuestro, homicidio, apropiación de menores y hasta el robo de bienes materiales se colocaron por encima de los delitos de violencia sexual. Sin embargo, la reapertura de juicios en 2010 por crímenes de lesa humanidad a represores de la dictadura incluyó una perspectiva de género en el abordaje de la violencia sexual como un delito menor para, en su lugar, ser juzgado como crimen de guerra. Esto marcó un hito sin precedentes en Argentina y en el resto de América Latina ya que finalmente se condenó a cadena perpetua en prisión común al exrepositor Gregorio Rafael Molina, “por crímenes cometidos en contra de 40 víctimas en el centro clandestino ‘La Cueva’, en Mar del Plata, entre los que se destacaban dos casos de violencia sexual y uno en grado de tentativa. Era la primera vez que un integrante de las Fuerzas Armadas era condenado por el delito de violencia sexual” (Álvarez 2). La relevancia de este nuevo rumbo en la conceptualización de las violaciones de mujeres ha tenido un gran impacto en los procesos de justicia y debe ser considerado como uno de los logros del auge feminista en contextos del Cono Sur, con lo que se ha venido procurando una mayor apertura social, política y judicial al debate sobre la violencia de género tanto en el contexto del terrorismo de Estado como en la vida cotidiana.

¿Violación o picana?

¿En qué sentido se puede pensar que las exdetenidas-desaparecidas realmente tuvieron la posibilidad de elegir ser o no ser violadas sexualmente? Como prisioneras de estos centros del horror, las mujeres estaban a merced de los represores y ellos ejercían el poder absoluto del soberano sobre la vida y la muerte de las detenidas.¹⁰ Las personas que colaboraban directamente en el funcionamiento de los campos de detención —oficiales del ejército, soldados, guardias, secuestradores, interrogadores, policías, doctores, enfermeras, todos sabían que las presas eran sistemáticamente disciplinadas a través de las diversas formas de violencia sexual utilizadas para amoldarlas al sistema patriarcal. Este cautiverio no les permitía a las desaparecidas ninguna libertad física, mucho menos tener realmente la posibilidad de decidir el tipo de tormentos sobre sus propios cuerpos. La pregunta ¿violación o picana? formó parte de la violencia sexual destinada a la humillación de las mujeres quienes tras ser torturadas con dicho dispositivo eléctrico eran forzadas a decirle a sus represores que mejor las violaran a sufrir más descargas eléctricas. La dominación masculina se afianzó con la imposición del lenguaje que engañosamente comunicaba la supuesta disposición voluntaria de las presas a ser ultrajadas multitudinariamente. Este tipo de discurso de los represores es una muestra de la realidad experimentada por las

mujeres quienes fueron sujetas a la violación y picana dentro de los CCDTyE instalados en el cono sur durante las dictaduras de las décadas de 1970-1980.

En nuestra época contemporánea, la violencia sexual y la falta de opciones viables para las mujeres continúan haciendo estragos más allá de los límites espaciales y temporalidades de las dictaduras del Cono Sur. El control de la subjetividad de las mujeres a través de la contención de sus cuerpos y sexualidades ha sido una práctica de antaño y de lazos profundos con los mecanismos del poder patriarcal que han sometido a las mujeres en diversas partes del mundo. Esto posiciona la obra testimonial de Strejilevich en un corpus de literatura de resistencia contra la marca de la violencia sexual ejercida en los CCDTyE. En este sentido, el valor de la obra de Strejilevich va más allá del marco testimonial para desafiar los engranajes de la violencia patriarcal, ya que, como Ana Forcinito indica, “contrarrestar esa marca es también una tarea de des-representación, de desmontaje de la lógica narrativa dominante y de construcción de nuevos saberes feministas, que han puesto en crisis las pautas de la masculinidad como eje de la humanidad” (10). A pesar de los avances de las ideologías a favor de las mujeres en los juicios legales contra las violaciones de derechos humanos durante la dictadura Argentina, es ineludible reconocer que todavía queda mucho más por recorrer en el resto de Latinoamérica donde la violencia sexual contra las mujeres no sólo se tolera sino que muchas veces es fomentada en diversas capas sociales, económicas, religiosas y raciales. Mientras la supremacía masculina sea respaldada por la ideología dominante, la agresión sexual contra las mujeres continuará ocurriendo a pesar de cualquiera de las leyes penales que designen este delito como crimen de lesa humanidad. Además de la consigna legal, es indispensable seguir luchando por crear las condiciones socioculturales para erradicar la violencia sexual contra las mujeres, niñas y demás personas consideradas subalternas o disidentes tanto en circunstancias de guerra como durante los momentos de paz. Por eso, a través de la perspectiva testimonial y reflexiva de los textos de Strejilevich, es posible destacar la importancia de visibilizar, rechazar y castigar, pero ante todo, prevenir la violencia de género desde sus diversas aristas, lo cual resulta una tarea crucial para procurar un mejor porvenir en cualquier sociedad.

Notas

¹ Mi sincero agradecimiento a la Dra. Nora Strejilevich por sus valiosa lectura y comentarios durante mi elaboración de este artículo.

² Fragmento de una intervención artística del colectivo feminista chileno *Lastesis*, escrito por Dafne Valdés, Paula Cometa, Sibila Sotomayor y Lea Cáceres, originarias de Valparaíso, Chile. La performance se presentó por primera vez en el centro de Santiago de Chile el 15 de noviembre de 2019. Rápidamente se reprodujeron versiones en distintas partes del mundo, convirtiéndose en el himno feminista de la lucha contemporánea contra la violencia de género. (<https://letraschile.com/colectivo-lastesis/un-violador-en-tu-camino>).

³ Frase tomada del discurso de la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi pronunciado por la actriz argentina Cecilia Roth en abril 2022 en España durante la entrega del Premio Cervantes 2021. (<https://www.rtve.es/noticias/20220422/discurso-cristina-peri-rossi-premio-cervantes-2021/2336800.shtml>).

⁴ La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, indica que entre marzo de 1976 a diciembre de 1983 existieron más de 600 Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio donde estuvieron secuestradas alrededor de 30 mil personas que continúan desaparecidas como consecuencia de la dictadura militar-cívico-religiosa argentina de ese periodo. (*UNESCO WorldHeritage Centre*).

⁵ Nora Strejilevich fue secuestrada de su vivienda alrededor de las dos de la tarde del 16 de julio 1977, horas posteriores del secuestro de su hermano Gerardo Strejilevich quien fue detenido durante la madrugada del mismo día. Tras su liberación de “El Club Atlético”, Nora fue asilada en Canadá, donde obtuvo el doctorado

en letras hispánicas en la Universidad de British Columbia con una disertación titulada *Literatura testimonial en Chile, Uruguay y Argentina*. Nora se dedica actualmente a difundir su testimonio y a la defensa de la memoria y los derechos humanos. (<http://norastrejilevich.com/>).

⁶ En 1977, además de Nora y Gerardo Strejilevich Labenski, también fueron secuestrados y desaparecidos por el terrorismo de Estado la novia de su hermano Gerardo, Graciela Mabel Barroca, y los primos de Nora, Hugo Daniel Strejilevich Kesel y Abel Omar Strejilevich Kesel. De los cinco detenidos, Nora es la única sobreviviente, los demás continúan desaparecidos.

⁷ En 1996, *una sola muerte numerosa* ganó el concurso literario Letras de Oro patrocinado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España y la Universidad de Miami en Estados Unidos. (Strejilevich, *Una sola muerte numerosa*. Miami: North South Center Press, 1997, p.4, <http://norastrejilevich.com/images/USMNCCompleta.pdf>).

⁸ En situaciones de guerra y tortura de presos políticos, prevalece un fuerte deseo de dominar y humillar a los enemigos del Estado como motivador de la violación sexual de mujeres (Cohen 323).

⁹ Un reporte de Amnistía Internacional indica que en 1999, una Comisión de la Verdad respaldada por la ONU encontró que durante los 36 años de conflicto armado interno de Guatemala (1960-1996) unas 200.000 personas -más del 80% de las cuales eran de origen maya- habían sido asesinadas o desaparecidas. ("*Guatemala: Juicio histórico contra el ex jefe del Estado Efraín Ríos Montt*" <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/guatemala-juicio-historico-contra-el-ex-jefe-del-estado-efrain-rios-montt/>).

¹⁰ Miriam Lewin expresa la diversas formas en que se ejercía el sometimiento absoluto sobre las presas en la ESMA, el CCDTyE más icónico de la dictadura argentina. "El dominio de ellos sobre nosotras era absoluto. No quedaba resquicio para nuestro libre albedrío" (21-2).

Bibliografía

- Álvarez, Victoria. "Abordajes de la violencia sexual en los juicios por delitos de lesa humanidad en Argentina". *Revista Estudios Feministas*, vol. 28, núm. 3, 3, 2020, pp. 1-13.
- Bonino, Luis. "Los micromachismos". *Revista La Cibeles*, núm. 2, 2, 2004, pp. 1-6.
- Bosch Fiol, Esperanza, et al. *Historia de la misoginia*. Anthropos, 1999.
- Butler, Judith. *Dar cuenta de sí mismo: violencia ética y responsabilidad*. Traducido por Horacio Pons, 1. ed. Amorrortu, 2009.
- Cohen, Dara Kay. *Wartime Sexual Violence: Misconceptions, Implications, and Ways Forward*. United States Institute of Peace, 2013.
- Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Traducido por José Vázquez Pérez. Editorial Pre-Textos, 1972.
- Forcinito, Ana. "Testimonio y vulnerabilidad: hacia la construcción de saberes feministas." *Prácticas de Oficio*, vol. 21, 2018, pp. 5-14.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Siglo Veintiuno Editores, 2007.
- Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*. Ediciones Península, 2014.
- Lewin, Miriam, y Olga Wornat. *Putas y guerrilleras: crímenes sexuales en los centros clandestinos de detención: la perversión de los represores y la controversia en la militancia: las historias silenciadas: el debate pendiente*. Planeta Argentina, 2014.
- MacKinnon, Catherine A. *Are Women Human?: And Other International Dialogues*. Belknap Press of Harvard University Press, 2006.
- Strejilevich, Nora. *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. 2022.
- . *El lugar del testigo: Escritura y memoria, Uruguay, Chile y Argentina*. Primera edición, LOM ediciones, 2019.
- . *Un día, allá por el fin del mundo*. LOM Ediciones, 2019.
- . *Una sola muerte numerosa*. Alción Editora, 1997.
- UNESCO World Heritage Centre. "ESMA Site Museum - Former Clandestine Centre of Detention, Torture, and Extermination". *UNESCO World Heritage Centre*, el 3 de agosto de 2022. <https://whc.unesco.org/en/tentativelists/6248/>